

COMENZAR DE CERO



LAILA ABU SHIHAB · IVONNE ARROYO
JUAN PABLO BARRIENTOS · KERYL BRODMEIER
JOSÉ ALEJANDRO CASTAÑO · PACHO ESCOBAR
JOSÉ GUARNIZO · DIANA LÓPEZ ZULETA
JOSÉ NAVIA · DIANA PACHÓN

R+N

REY NARANJO
EDITORES

COMENZAR DE CERO

**Crónicas de personas
desplazadas y migrantes**

Desarrollo de crónicas y asesoría periodística: Vorágine Periodismo Contracorriente · Laila Abu Shihab Vergara · Ivonne Arroyo Mercado ·

Juan Pablo Barrientos · Keryl Brodmeier Pérez · José Alejandro Castaño · Pacho Escobar · José

Guarnizo · Diana López Zuleta · José Navia Lame ·

Diana María Pachón

Ilustraciones: Angie Pik · Camila Santafé

ISBN 978-958-5586-97-0

Hecho el depósito de ley.

Esta publicación es posible gracias al apoyo del Gobierno de Canadá. Las opiniones, ideas y contenidos expresados son responsabilidad de los autores/as y no necesariamente reflejan posiciones del Gobierno de Canadá.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, dentro y fuera del territorio de Colombia, del material escrito y/o gráfico sin autorización expresa de los autores/as.

Prólogo

POR Nicolás Moyer

UNA MADRE QUE SONRÍE POR PRIMERA VEZ EN MUCHO TIEMPO, después de saber que su hijo/a está a salvo. Un joven que conoce a nuevos compañeros/as y vuelve a creer en la posibilidad de un futuro, luego de varios intentos fallidos de hacer parte de un equipo de trabajo. Una mujer que supera los miedos para hacer realidad sus sueños, tras sufrir la violencia de género que hizo temblar la noción del valor que tenía de sí misma.

Esas son algunas de las imágenes que nos inspiran cada día en Cuso International para luchar contra la pobreza y la desigualdad. Junto a nuestro personal, socios y voluntarios/as, trabajamos para que sean más los acontecimientos que marcan el comienzo de un nuevo rumbo para muchas personas que no habían tenido las mismas oportunidades para desarrollar plenamente su potencial.

Uno de los países donde la ONG canadiense se encuentra es Colombia, donde ese cambio que queremos ver en el mundo más allá de encontrar un eco ha sido una señal de esperanza para quienes han sido agobiados por las sucesivas desgracias y tinieblas de la mala suerte. Pese a enfrentar situaciones que pueden ser calificadas de insuperables y dolorosas, ellos y ellas han encauzado su futuro de un modo admirable, casi de manera sobrehumana, levantando el alma y dispuestas a dar pasos hacia adelante por iniciativa propia.

En medio de la tormenta, en muchas ocasiones, un empleo se ha vuelto su salvavidas. Un empleo ha significado una paga y unos derechos, sí, y mucho más. Un empleo ha simbolizado la capacidad de

tomar decisiones propias, de desarrollar la autonomía personal que los seres humanos albergamos en nuestra conciencia. Para las mujeres, un empleo ha sido una herramienta que las ha protegido de la violencia cercana y de la pública. Un sueldo pasó a ser el bálsamo para la preocupación esencial de cualquier madre o padre: asegurar un bocado en el estómago de su familia. Ha sido la posibilidad de comprar un colchón y dejar atrás los cartones que colocaban en el suelo para dormir. También, ha sido la única forma para acceder a tecnología para los hijos/as y de enviar una remesa para los familiares que quedaron enfermos/as en el extranjero, cuidando de una casa o de lo que aún sobrevive en el campo.

Son diez las personas que son protagonistas de este libro y que a diario muestran una fortaleza y convencimiento asombrosos para progresar en medio de las dificultades extremas. Estas historias nos muestran cómo el empleo, en algunos casos, es la luz al final del túnel, empuja los sueños y reconcilia a las personas que habían sido excluidas por el mercado laboral colombiano consigo mismos/as, sus seres queridos y la sociedad.

En este camino hacia una vida mejor, Cuso International tiene una larga trayectoria de trabajo en Colombia defendiendo los esfuerzos de los socios locales para apoyar el bienestar socioeconómico de los grupos vulnerables. Desde 2015, Cuso International, con el apoyo del Gobierno canadiense, ha ayudado a las víctimas del conflicto armado y a los migrantes venezolanos/as, así como a las mujeres y a los jóvenes, a acceder a más oportunidades laborales a través del proyecto Empleos para construir futuro. Hasta la fecha, más de ocho mil personas han obtenido un empleo formal y más de dos mil han mejorado el rendimiento financiero de sus negocios.

En nombre de Cuso International quisiera agradecer a todos los socios que nos acompañan en este propósito. En primer lugar, a los/las increíbles profesionales de la Embajada de Canadá en Colombia que en

todo momento nos han brindado su apoyo constante e incondicional. A la Fundación Carvajal que realiza desde hace décadas un trabajo encomiable a favor de la inserción social y laboral, mucho antes de que esta labor se convirtiese en una tendencia. Al sector privado, incluyendo las Cámaras de Comercio y las empresas que han abierto sus vacantes para los/las más excluidos/as y han optado por considerar la inclusión como un pilar de su cultura empresarial y de su modelo de negocio. Al sector público, incluyendo al Ministerio de Trabajo, las numerosas alcaldías y Prosperidad Social, con las que hemos trabajado a favor de la inclusión de los/las excluidos/as. Y los innumerables actores, como ACNUR y la Gerencia de Fronteras, que han colaborado estrechamente con Cuso International para la integración socioeconómica de los recién llegados/as a Colombia, como los colombianos/as retornados y los migrantes venezolanos/as.

Solo las plumas de los excepcionales periodistas que reúne este libro podían retratar con una gran pericia periodística las vidas de los protagonistas, con sus sufrimientos desconocidos y esfuerzos extraordinarios para no desfallecer en sus luchas diarias. Al voltear la página, los lectores de estas crónicas empezarán un recorrido por su extraordinaria capacidad de superación. Estoy seguro de una cosa: que al final del libro habrán descubierto cómo el apoyo mutuo puede conducir a cambios transformadores, cambios que serán sentidos por las futuras generaciones.

Nicolás Moyer

CEO

Cuso International



Mi bicicleta y yo

POR José Navia Lame

JESÚS MANUEL AYALA SE PALPÓ CON DISIMULO los sesenta mil pesos por encima del bluyín. Miró de nuevo la bicicleta; se veía en buen estado, aunque era un injerto de otras ciclas: rines de una deportiva, trinche de todoterreno, manubrio de gama superior... pero rodaba bien. Lo supo minutos después mientras le daba una vuelta por la cuadra para probarla. Pedaleó en línea recta, luego zigzagueó, ensayó los frenos, los cambios y el ajuste del manubrio. Perfecto. El sillín era muy duro, burdo, pero él sabía dónde conseguir uno más cómodo a buen precio. Además, tenía un marco número 26, el tamaño justo para su 1,64 de estatura y sus piernas cortas.

Wilmer lo miraba dar vueltas desde la acera, en una calle estrecha de Patio Bonito, una extensa, bulliciosa y densa barriada del suroccidente de Bogotá. El muchacho estaba plantado en los ochenta mil pesos y no tenía cara de querer rebajar.

—¿En cuánto me la va a dejar? —le volvió a preguntar Jesús Manuel apenas se bajó de la cicla.

—Ya le dije, paisano —respondió Wilmer—. Deme ochenta barras. ¡Mírela! Está bien cuidadita, está firme, ajustada, los neumáticos son nuevos.

«Por ese precio no está cara; y con una buena lavada queda como nueva», pensó Jesús Manuel; sin embargo, hizo el último intento.

—Déjemela en sesenta barras, que es lo único que tengo; usted sabe que yo la necesito para ir a trabajar.

Las dos cosas eran ciertas. Los sesenta mil pesos los había recibido

días antes, junto a treinta y nueve personas que recibieron la misma cantidad de dinero. El monto les serviría para pagar el transporte público durante la primera quincena, en un nuevo trabajo que estaban a punto de empezar con una empresa de aseo que los envió, primero, a un curso de cinco días. Además, recibieron quince mil pesos para ayudarlos con los pasajes durante esa semana de capacitación.

Wilmer se quedó en silencio, como pensando, y al cabo de unos segundos tomó la decisión:

—Vea, paisano, se la dejo así porque es usted.

A Jesús Manuel se le iluminaron los ojos. «Yo no sé si fue porque él también es de un pueblito de la costa, o por ser amigo, o por vivir en la misma casa, o porque necesitaba el billete, pero me la dejó en los sesenta mil pesos», recuerda ahora, mientras acomoda unos papeles sobre la mesa del comedor.

Aquella bicicleta se convirtió en la posesión de más valor en el escaso patrimonio de Jesús Manuel Ayala. En esa época, a finales del 2019, vivía con su esposa, Celis Cecilia Sena Esquivel, y su hija, en un apartamento de dos piezas, cuyo arriendo pagaban gracias a la ayuda económica que les daba la Unidad de Víctimas.

Habían llegado casi dos años antes de Córdoba, en la región Caribe, huyendo de las amenazas de muerte que recibió Jesús Manuel luego de denunciar el daño ambiental que causaba la explotación de arena en la zona rural de San Carlos, el municipio donde se radicó después de casarse.

Él se vino primero, ante la inminencia de un atentado. Mes y medio después arribaron su esposa y su hija recién nacida. Traían tres morrales de ropa ligera, prendas inútiles en estas cumbres andinas, donde la temperatura puede bajar a seis o siete grados en las noches más frías, y una caja de cartón repleta de ñame, yuca, coco, suero costeño y arroz, para sostenerse durante la primera semana.

Dormían en una cama sencilla que les regalaron. No tenían muebles

de sala ni comedor. Tampoco televisor o equipo de sonido. Cocinaban en una estufa eléctrica de dos puestos que les dio el Gobierno, y sobrevivían con las ayudas oficiales y con los trabajos informales y mal pagos que Jesús Manuel hacía en los barrios cercanos.

Peló yuca en una bodega, junto a unas treinta personas —la mayoría venezolanos indocumentados—, para un comerciante que la vendía por toneladas a una fábrica de alimentos. También cargó bultos desde las tres de la mañana en la Central de Abastos y trabajó, durante siete meses, en un cultivo de flores; pero se enfermó de los pulmones y debió renunciar. Un poco antes de retirarse había empezado un diplomado de liderazgo en la Universidad Nacional, patrocinado por la Alcaldía Local de Kennedy. Se levantaba a las tres y media de la mañana, para alcanzar la ruta de la empresa de flores, y regresaba a la casa cerca de la medianoche, luego de asistir a clases, de seis a nueve.

Cuando recuperó la salud, ensayó sin fortuna en otros empleos, hasta que lo llamaron de la empresa de aseo y fue entonces cuando encontró el empujón económico que le hacía falta. Con los sesenta mil pesos que le dieron para pagar el transporte, Jesús Manuel, hábil con las cuentas y de pensamiento rápido, concluyó que la mejor inversión era una bicicleta. Además, desde muy joven había visto por televisión los enjambres multicolores que recorrían las ciclorrutas bogotanas y le resultaba emocionante la idea de unirse a ellos.

La monareta de Colacho

Jesús Manuel se consideraba un ciclista experimentado. Había aprendido a los cinco o seis años en la monareta tipo *cross* de su primo Colacho. Por las tardes, mientras los mayores escapaban de la resolana recostados en taburetes de madera contra las paredes del rancho de bahareque y palma, los niños de la vereda armaban una algarabía en el patio de tierra, peleando por treparse en la cicla de Colacho. «Unos hasta se partieron un brazo aprendiendo a manejar, se caían, se dañaban una mano; yo me caí varias veces, pero aprendí y me iba a

andar por la carretera que era destapada y casi no pasaban carros».

Cuando compró la cicla, intuía, además, que el aparato iba a ser su principal aliado en los meses siguientes, pues ya tenía metida en la cabeza la idea de retomar la actividad de líder social, a pesar de que esta fue la causa de las amenazas de muerte que lo obligaron a salir de San Carlos.

Han pasado casi dieciocho meses desde que adquirió la bicicleta, «la burra» como la llama a veces. Aunque parezca increíble, su medio de transporte ha jugado un papel muy importante en la evolución que han tenido su vida y la de su familia. Ahora ocupan un apartamento más amplio, en un segundo piso. Tiene dos ventanales sin cortinas por los que se ve, al otro lado de la calle, una terraza donde se acumulan llantas y muebles viejos y fierros oxidados. Un camión de reciclaje recoge aquel cargamento cada semana. Los muros de la sala y del comedor están desnudos, excepto por un cuadro de los que venden en las misceláneas, con la imagen de dos caballos blancos al galope. También se ve una hoja de papel bond, pegada en las puntas con trocitos de cinta, en la que aparece Rapunzel, de vestido lila y cabellera zapote, coloreada por su hija, que ya tiene tres años.

—Este comedor —dice al tiempo que pone las palmas de las manos sobre el vidrio de la mesa— lo compré gracias a la bicicleta.

Jesús Manuel explica que lo pagó con el dinero que se ahorró en pasajes durante los primeros tres meses y gracias, además, a que en las fábricas del barrio se consiguen a mitad de precio. Luego señala un sofá curvo de cuero sintético, algo ajado, de cuadros negros y azul capri.

—Esa sala también la compré con la plata que me ahorré del Transmilenio —dice.

Le pertenecía a una vecina que regresó a su tierra cuando su marido se quedó sin trabajo, en los primeros meses de la pandemia del COVID - 19. También era desplazada, como la mayoría de los habitantes de este sector, donde todos los días llegan nuevas familias. Vienen y ensayan. Si